Club Virtual de Lectura de Diario de Navarra

Reyes Calderón y el esfuerzo por (con)sentir

La escritora presentó ante sus lectores su libro 'El último paciente del doctor Wilson'

La novelista destacó la importancia de la documentación para que el lector pueda ponerse en el lugar del personaje



Reyes Calderón, durante el encuentro con los lectores del Club Virtual de Lecturas de Diario de Navarra. JOSÉ CARLOS CORDOVILLA

JESÚS RUBIO
Pamplona

A Reyes Calderón Cuadrado (Valladolid, 1961) le gusta la palabra consentir. O quizá mejor (con)sentir. Porque, tal y como dijo ayer en un encuentro con los lectores del Club Virtual de Lectura de Diario de Navarra, lo que le gusta es ese significado de "sentir con", de ser capaz de identificarse con los sentimientos de los personajes de una novela como la última suya, *El último paciente del doctor Wilson*.

Claro, que eso requiere su esfuerzo. Por ejemplo, en ratos sin dormir. Y no sólo porque los necesite para escribir, que los necesita, o porque tras escribir sobre un asesino en serie le entran "ganas de encender la luz". También porque las historias le nacen de experiencias impactantes, que le quitan el sueño. Fue el caso de *El último paciente del doctor Wilson,* que nació de una cena con un amigo suyo. "Uno de sus hijos estaba en la cárcel por haber quemado a una indigente. Era un niño bien de una familia bien, una chico normal". La confidencia llevó a un pregunta, a varias en realidad: "¿Cómo se forma un asesino? ¿Como se mata sin un motivo? ¿Si yo mato, qué me ocurre?".

Todas esas preguntas esconden la semilla de la última novela de Calderón, pero la historia requiere más esfuerzo, el de documentación. "Es algo fundamental para mí. Soy madre de familia numerosa (tiene nueve hijos) y sé que un libro cuesta lo que dos kilos de filetes. El lector se merece un respeto. No quiero que reciba algo poco trabajado de la misma manera que no me gusta que un filete se convierta en agua en la sartén", explicó a la treintena de lectores que acudieron a escucharla. No es la única razón para documentarse. También está la capacidad de (con)sentir. "Si se ha vivido, el lector puede entrar en una escena como un actor. Si no, no puedes (con)sentirlo".

Para documentar su última novela Reyes Calderón habló por ejemplo con un arquitecto sobre una casa que tenía en la mente y que iba a aparecer en la novela. Aquel arquitecto, que se convirtió incluso en personaje, le facilitó nada menos que quince libros para documentarse. "Y todo eso sirvió para página y media". Asimismo, de la misma manera que acostumbra a hablar con forenses, con jueces, con médicos, viajó a Buenos Aires para hablar durante tres horas con un miembro de un Servicio Secreto y que le contará cómo hubiese actuado en una situación determinada. "Salí temblando".

La escritora, profesora en la Universidad de Navarra y decana de la Facultad de Económicas, relató que los esfuerzos de la documentación no son siempre fructíferos: por ejemplo, para su libro *Los crímenes del número primo,* ninguno de los forenses con quien consultó le supo decir si de una huella de sangre sólida se puede averiguar si una persona porta el sida. Sin embargo, sí hubo lectores que le reprocharon que dijera que una noche de un día concreto la luna era menguante, cuando lo cierto es que era creciente.

Los personajes

Calderón sabe que muchos de sus lectores han sabido (con)sentir con sus personajes. Lo sabe porque muchos llaman a la juez Lola MacHor, la protagonista de sus novelas, Lolilla, como lo hace el marido del personaje.

La escritora defendió ayer la importancia de sus personajes. "Siempre he dicho que mis libros no son novela negra. No importa tanto quién mata o quien muere, como la vida de estos personajes", que "tienen más de autobiográfico de lo que quisiera y menos de los se piensa". Lola MacHor es una mujer "estadísticamente normal, con una vida profesional que le fascina, como lo hace su vida personal, sus hijos, su marido, y que de repente recuerda que le falta leche en casa". Personajes como ella le sirven a Calderón para "comprender la naturaleza humana", poniéndose "en las situaciones de otros, preguntándome qué haría yo en su lugar."

La escritura, dijo Calderón, le ha proporcionado grandes emociones. Las tuvo hace poco cuando vio uno de sus libros traducido al polaco y en sus líneas sólo reconocía las palabras 'Leyre', 'Iturri' o 'MacHor'. O cuando una lectora le llamó para agradecerle que le devolviera el hábito de leer, recuperado con uno de sus libros tras seis meses en coma.

Pero, además, escribir y ponerse en el lugar de otros le ha enseñado "a no juzgar, y a ser yo misma, sin necesidad de compararme con otros". Y sin embargo, todavía no ha logrado entender al hijo de su amigo, al que prendió fuego a una indigente. "Sólo sé que la mente humana es muy compleja. Tenemos una genética y un ambiente, pero al final hay un punto en el que tomas una decisión: matas tú, no lo hacen ni los genes ni el ambiente".

Tan incomprensible es a veces la mente humana que, según dijo Calderón, no se fía ni de ella. "Hay que ponerse límites. Si no cualquiera es capaz de hacer una barbaridad".

Las 21 versiones de un libro que comienza a mano, con boli azul y negro



Reyes Calderón. CORDOVILLA

Calderón, que destaca el valor del trabajo en la novela, pasa tres meses construyendo el relato en la cabeza antes de escribir

El encuentro con los lectores sirvió también para desvelar algunas de las rutinas que Reyes Calderón sigue para escribir sus novelas (ya tiene cuatro). La primera versión la hace a mano, con un rotulador Pilot azul. La segunda, igual, pero con el Pilot negro. "La tercera ya la hago a ordenador". Pero, apuntó, la versión que acaba en la imprenta no era ni la tercera ni la cuarta: en el caso de *El último paciente del doctor Wilson* hacía la número 21. Porque, insistió Calderón, detrás de las novelas hay "trabajo y trabajo". En su caso, suele emplear cerca de tres meses en "construir la novela sin escribir nada. Es cuando hablo con los médicos, los jueces, mi marido, que es mi mayor crítico... Después dibujo, con rayas, la trama. Es entonces cuando empiezo a escribir".

A preguntas de los lectores la escritora reconoció no saber cómo se aprende a escribir. "A mí me gusta desde pequeña. Todo lo que me impactaba lo escribía". Aunque señaló que "todos tenemos algo creador: el que escribe, el que pinta, el que hace pasteles...", admitió que escribir "tiene mucho de oficio, de editar, de corregir, de hablar con los editores". Y recordó la discusión que tuvo con su editora porque, de un libro de 600 palabras, sólo le había corregido dos palabras y dos frases. "Resultó que antes de editarme a mí un escritor le riñó por haberle corregido un adjetivo. Le dije que yo no tenía nada de diva, y que su trabajo era mejorar el texto. Me lo devolvió lleno de rojos", relató medio en broma.

Su condición de madre de nueve hijos, de edades entre los 6 y los 24 años, y de decana de la Facultad de Económicas de la Universidad de Navarra, también apareció en la conversación con los lectores. Les explicó que, aparte de que no duerme mucho, el secreto fue aprender "que los demás hacen las cosas tan bien o mejor que yo, por lo que delego. No es bueno que uno lo haga todo, hay que capacitar a los demás. Se trata de soltar y controlar. Entonces da tiempo a todo". Y puso un ejemplo: "He aprendido a que no tengo siempre que ayudar a mi hijo Borja a hacer los deberes, que puede hacerlo su hermana. Y de esa manera también ella aprende a ayudarle".

Calderón incluso aseguró que tener un solo hijo podía hacer las cosas más difíciles que tener nueve. "Con nueve las circunstancias te empujan. Con uno tiene que ser muy difícil no malcriarlo. Además, como no tiene que compartir las cosas, no las pone precio, es decir, no las aprecia".